

Irene González Hernando
Universidad Complutense de Madrid

irgonzal@ucm.es

/ Mens sana in corpore sano. Indumentaria y salud en Roma

Resumen:

El objeto fundamental de este artículo es responder a las siguientes preguntas: ¿Hubo una indumentaria específica para médicos y enfermos en Roma? ¿Qué papel jugaron los trajes y las telas en la atención sanitaria? ¿Fue la ropa vehículo de comunicación en el terreno médico? ¿Fue un elemento de distinción y jerarquización social? ¿Perseguían las prendas médicas fines estéticos ligados a nuestra actual historia del arte o debían ser ropas diseñadas atendiendo a la utilidad y la practicidad?

Palabras clave:

Medicina, Roma, Moda, Arte, Iconografía

Abstract:

This article aims to answer the following questions: Were there specific clothes for physicians and patients in Rome? Which was the role of the medical attire? Was sanitary dress a communicative vehicle, a professional-hierarchic distinction, or just an aesthetic option?

Key Words:

Medicine, Rome, Mode, Art, Iconography

Tanto la medicina como la moda en Roma han sido objeto de interés por parte de los historiadores, pero hasta el momento presente no ha habido estudios que interrelacionen ambas disciplinas, y que reflexionen sobre la posible existencia de una indumentaria específica para médicos y enfermos en la Antigüedad clásica¹. No sabemos prácticamente nada a este respecto, desconociendo cuestiones elementales como cuáles eran las prendas más usadas, cuáles los

dos preguntas: ¿fue la ropa vehículo de comunicación entre los médicos? Nuestra opinión es que sí, que fue un poderoso vehículo de comunicación. Esto puede comprobarse a través del análisis de dos ejemplos procedentes de la historia del arte. El primero es el de un médico griego representado en un sarcófago romano procedente de Ostia Antica (Italia), datado ca. 300 d.C., y depositado hoy en el Metropolitan Museum of Art (Nueva York),

en cierta medida contrapuesto al anterior, pues se trata de una comadrona que atiende un parto en un relieve romano del siglo IV d.C., hoy en el archivo fotográfico de la Wellcome Library de Londres, y que representa la medicina práctica, la de aquellas personas que están al lado del paciente y han de realizar un considerable esfuerzo físico para curar (fig. 2). Por ello la matrona está desnuda de cintura para arriba, llevando apenas un manto que cae por sus piernas, como



materiales más buscados, o cuáles los colores más apreciados. Tampoco sabemos si vestirse con ropa sanitaria llevaba aparejados otros significados más complejos. Por ello, ante tal vacío de información, tenemos que empezar prácticamente de cero, construyendo la información de este el artículo desde los cimientos. Nuestros cimientos serán aquellas obras de arte y fuentes escritas procedentes del ámbito romano que puedan arrojar algo de luz al respecto. Éstas serán nuestro hilo conductor y el eje de este relato, que hemos planteado como una sucesión de preguntas a las que intentaremos ir dando respuesta o, al menos, planteando posibles hipótesis.

Empezamos por tanto por formular

nº 48.76.1, que representa la medicina teórica, la del médico que escribe tratados, y por ello su indumentaria y sus atributos son los del filósofo, portando seguramente toga² y apareciendo absolutamente absorto en la lectura y rodeado de su pequeña biblioteca (fig. 1). Lleva prendas elegantes y refinadas, que denotan una alta consideración social y hablan de un trabajo intelectual. En otro orden de cosas, la inscripción que rodea al médico está en griego, lo que refleja el origen heleno de la ciencia médica romana. Médicos muy reputados en Roma como Galeno de Pérgamo o Soranos de Éfeso tenían origen griego, como claramente indican sus nombres.

Avancemos hacia el segundo ejemplo,

Fig. 1. Sarcófago romano procedente de Ostia Antica (Italia), datado ca. 300 d.C., y depositado hoy en el Metropolitan Museum of Art (Nueva York), nº 48.76.1.

si la urgencia en la atención médica y el esfuerzo físico de ayudar a alumbrar le hubieran hecho irse desprendiendo de todas las prendas que estorbaban y dificultaban su actividad. La ginecología era, dentro de la medicina antigua, una de las especialidades más importantes junto con la cirugía, pero exigía una habilidad y esfuerzo físico nada desdeñable, y por ello aquí unas ropas desordenadas aluden a la prevalencia de la utilidad por encima de los valores estéticos, y a la urgencia de la atención médica por encima del embellecimiento textil.

Formulada esta primera cuestión y asumiendo entonces que la indumentaria médica es un vehículo de comunicación, pasamos a las siguientes preguntas ¿Fue toda la indumentaria médica igual? ¿La elección de una determinada prenda atendió a cuestiones de jerarquización y especialización profesional? Para responder a esta pregunta, debemos mirar a nuestra historia reciente. Quien haya pasado por un quirófano, habrá visto la diversidad de estampados en las telas con que se fabrican los gorros sanitarios, con una gama casi infinita de diseños que exceden con mucho el verde liso de hace apenas veinte años, y con los que se personaliza a sus portadores y se pone una nota de color a una actividad compleja y seria, haciendo distendida una práctica que siempre entraña un riesgo de muerte. No sólo eso, quien se pasee por un hospital de nuestros días, podrá distinguir de un golpe de vista batas blancas, azules y verdes, códigos visuales sencillos basados en el uso del color como elemento de jerarquización y especialización profesional, que permiten distinguir rápidamente entre enfermeros y médicos, pero también entre médicos de consulta y médicos de quirófano, entre profesionales con experiencia y profesionales que se inician en su carrera. La Historia del Arte nos indica que este fenómeno no es exclusivo de la contemporaneidad. Lo encontramos al menos desde la Baja Edad Media (s.XIV y XV), cuando al calor de la medicina universitaria, llegan a esta institución cirujanos prácticos que trabajan codo con codo con los físicos teóricos, y que se ponen de acuerdo para recuperar las disecciones anatómicas y discutir sobre lo visto en ellas. Cuando se representan estas disecciones, como ocurre por ejemplo al copiar e iluminar la *Cirugía Magna* de Guy



Fig. 2. Relieve romano con escena de parto, siglo IV d.C., hoy en el archivo fotográfico de la Wellcome Library de Londres

de Chauliac, la indumentaria sirve para distinguir a unos y otros. Así, en dichos manuscritos, suele aparecer un grupo nutrido de físicos, médicos universitarios con una formación fundamentalmente teórica, ataviados con rica indumentaria, de la que la parte más visible es un grueso manto que los cubre hasta los pies y que va sujeto con un cinturón, y un tocado a modo de bonete ajustado a su cabeza. Por otra parte, próximos al cadáver, suelen situarse los prácticos, cirujanos y/o barberos, que son los que se encargan de abrir el cuerpo, sacar los órganos y recoger los fluidos. Normalmente su indumentaria es más sencilla y apropiada para este trabajo, prendas de arriba cortas y prendas de abajo ajustadas a las piernas, que permiten trabajar con comodidad³.

Progresando en el hilo argumental, la cuestión siguiente que debemos formular es ¿desde cuándo la indumentaria constituye un signo de jerarquización profesional en la his-

toria europea? Y más concretamente nuestra pregunta es si podemos retroceder desde la Baja Edad Media hasta Roma y hallar allí un proceso similar. Sin embargo, para este particular no tenemos una respuesta rotunda. Quedan muchas dudas por despejar. Además nos parece que la relación entre indumentaria y estratificación profesional no atiende a un solo criterio, sino a varios a un mismo tiempo, lo que hace el problema más poliédrico. Así, es posible detectar una estratificación entre teoría y práctica, pero también entre las diversas ramas y oficios de la medicina, entre maestros y alumnos, e inclusive entre hombres y mujeres. Aquí la historia del arte es clave, siendo los relieves y pinturas los que nos informan de estas divergencias. Las fuentes escritas y la arqueología también nos dan pistas muy valiosas.

Empecemos por la estratificación entre teoría y práctica. Las fuentes documentales recogen la doble ver-

tiente de la medicina romana, teórica y la práctica, aunque no hablan de una mayor consideración de una u otra. Así, Celso (s. I) es ante todo un teórico que escribe tratados, dando indicaciones higiénico-sanitarias de carácter general e indicaciones terapéuticas de carácter más particular (dirigidas a un abanico de enfermedades concretas). Sin embargo, todas las recomendaciones son muy

acertadas, por lo que seguramente son el resultado del trato directo con enfermos, aunque él no lo afirma con rotundidad. Por todo ello, los historiadores de la medicina aún hoy debaten sobre si llegó, o no, a ejercer la medicina práctica⁴. Con Galeno (s. II) ocurre algo similar, pues se le atribuye una ingente producción científica con tratados médicos que van desde la anatomía hasta la terapéutica,

pasando por la patología y la higiene, entre otros; pero del que no se sabe si ejerció, o no, la medicina práctica. Así aunque llega a describir un importante brote epidémico, seguramente causado por la viruela, la *peste antonina* acaecida en época de Marco Aurelio Antonino (2ª mitad del siglo II), más de un historiador de la medicina sostiene que cuando irrumpe la enfermedad, abandona a su suerte a los afectados y se traslada de ciudad, lo que revelaría un desinterés por la medicina más práctica⁵. Igual que en el caso de Celso y Galeno, de otros médicos también se debate sobre su actividad, no siendo fácil determinar si sólo fueron teóricos o también prácticos⁶. Sin embargo, sí que es cierto que todos los que alcanzaron reconocimiento social, ya fuera en vida o tras su muerte, tuvieron a sus espaldas una producción escrita destacable.

Así que, en ese sentido, lo lógico sería pensar que la indumentaria pudiera distinguir claramente a los teóricos de los prácticos. Sin embargo, si analizamos los retratos de médicos, la cuestión no resulta tan sencilla. Volviendo sobre el ya mencionado médico griego representado en el sarcófago romano procedente de Ostia Antica (Italia), ca. 300 d.C., hoy en el Metropolitan Museum of Art (Nueva York), n° 48.76.1, predomina su imagen como teórico, lo que viene avalado, como dijimos, porque viste elegantemente toga, porque sostiene un rollo en las manos y porque tiene guardados unos cuantos libros más en un armario (véase fig.1). No obstante, su carácter teórico no excluye su conocimiento práctico, de modo

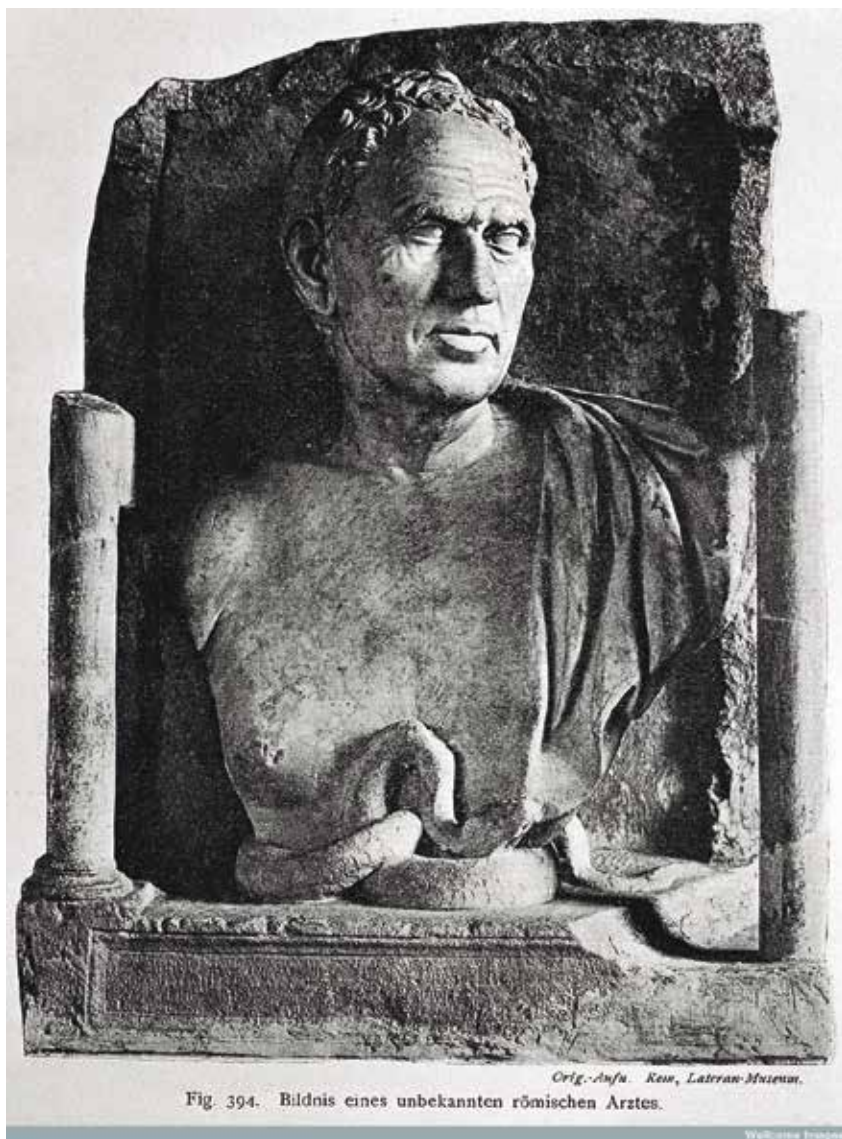


Fig. 3. Busto de un físico anónimo, hoy en el archivo fotográfico de la Wellcome Library de Londres, n° L0002897.

que sobre el armario se sitúa una caja abierta con instrumental quirúrgico. Pero volvamos a la indumentaria como vehículo de comunicación, pues aquí es clara al señalar que estamos ante una medicina teórica, bien valorada socialmente. No se puede inferir de la indumentaria que estamos ante un práctico. Así que son los objetos o atributos, como los rollos o la caja quirúrgica, las que explican el carácter complementario de teoría y práctica. Pero estos objetos no son parte del adorno personal sino, en todo caso, parte del escenario en que se enmarca el retrato.

Para terminar este repaso a los retratos de médicos, podemos abordar el busto de un físico anónimo, hoy en el archivo fotográfico de la Wellcome Library de Londres, nº L0002897 (fig.3) ⁷. El médico en cuestión, que debía gozar de un buen estatus y reconocimiento social, ha sido retratado verazmente acorde con el deseo de realismo romano, pero porta la serpiente de Asclepio, dios griego de la medicina, y lleva el torso desnudo, lo que entronca tanto con el canon de belleza griego como con las representaciones helenas de Asclepio. Aquí, la indumentaria o –mejor dicho– la ausencia de la misma, en conjunción con el resto de atributos, sirve para señalar que la medicina teórica romana es heredera directa de la griega, y que los grandes médicos teóricos aprendieron de los griegos. Además aquí la desnudez es signo de virtud, idea tomada directamente del ámbito griego ⁸.

Como contrapeso a la medicina teórica, se halla la medicina práctica, que engloba a cirujanos, oftalmólogos, médicos clínicos... todos ellos en el ejercicio diario de su actividad. En efecto, figuras como Dioscórides (s.



Fig. 4. Nacimiento de Cristo de la cátedra de Maximiano, obra en marfil datada ca. 546-556 y que debió ser regalo del emperador Justiniano al obispo de Rávena

I) botánico, Celso (s. I) clínico, Galeno (s. II) anatomista y Sorano (s. II) ginecólogo, revelan la existencia de una importante especialización profesional en materia sanitaria. Esto nos introduce en la segunda clasificación o jerarquización que mencionábamos unos párrafos más arriba, la que atañe a las diferentes ramas y oficios de la medicina. Nuestra pregunta ahora sería si cada oficio médico tuvo una indumentaria distintiva. Esta pregunta es si cabe más difícil de resolver que las formuladas anteriormente,

por varios motivos. Primero, porque los tratados científicos nada dicen de cómo ha de vestirse el médico, pues ponen el foco de interés en el enfermo. Segundo, porque las fuentes históricas que hablan de médicos, tampoco dan ninguna indicación de cómo era su atuendo. Tercero, porque contamos con un número limitado de obras de arte de temática médica que, en consecuencia, no nos permitan sacar conclusiones definitivas sobre la vestimenta. Aún así, en dichas obras, si bien se pueden analizar las prendas y detectar ciertas diferencias, no hay restos significativos de policromía que permitan inferir que el código del color se emplease para jerarquizar y clasificar, tal como ocurre hoy en día. La historia de la moda nos ha enseñado que la gama de prendas que componían la indumentaria diaria de los romanos era relativamente limitada (túnica íntima, toga, estola, *palla* o manto...), pero que la longitud de las telas, el color de las mismas, el tipo de tejido y los adornos y complementos, marcaban muchas veces las diferencias ⁹. Es plausible que la indumentaria médica emplease unos determinados colores, tejidos o complementos, pero hasta ahora el silencio de las fuentes escritas, de las obras de arte y de los restos arqueológicos, dificulta llegar a conclusiones ciertas.

En cualquier caso, vamos a detenernos en tres oficios que son muy interesantes: la ginecología, la cirugía y la anatomía. Empezamos por la ginecología porque es una de las áreas centrales de la medicina romana, así como de la medicina de cualquier época y cualquier lugar, lo que no debe resultar llamativo pues una de las preocupaciones más básicas del ser humano es garantizar la continuidad de la especie, propiciando el éxito de los nacimientos. El parto

humano es un acto social y asistido, que nos distingue del resto de animales que alumbran solos y sin ayuda. Pero además de ser un acto social, es un hecho que exige una especialización profesional, ya que hay muchas actividades diferentes a desarrollar: sostener a la parturienta y ayudarle a pujar, recibir a la criatura, recoger la placenta, amamantar, lavar y fajar al recién nacido, etc. Y no sólo es un acto social, colectivo y especializado, sino que además es una actividad esencialmente femenina, siendo ésta la rama médica con mayor presencia de mujeres. Es asimismo una actividad práctica y que demanda un importante esfuerzo físico.

Todo esto explica que las comadronas romanas usasen prendas de ropa muy sencillas y prácticas. Llevaban el cabello recogido pero sin tocado y vestían estolas. Aunque estas estolas¹⁰ solían sujetarse con dos cinturones, uno bajo el pecho y otro a la altura de las caderas; las matronas solían llevar solo uno, lo que simplificaba el traje y da más holgura y movilidad. Como es de suponer llevan la estola sola, sin *palla* o manto sobre los hombros. Es más, un número significativo de matronas, parecen estar semidesnudas, sin ropa interior y sin estola, portando solamente un manto o *palla* que usan para cubrirse apenas las piernas y también para colocarlo bajo la parturienta, e inclusive para recibir a la criatura recién nacida, aprovechando la versatilidad y funcionalidad de esta prenda de la Antigüedad¹¹.

Esta tendencia hacia el uso de prendas útiles y funcionales por parte de las parteras romanas, nos puede incluso ayudar a confirmar cronologías de obras señeras de la historia del arte. Un excelente ejemplo lo constituye la partera del *Nacimiento de Cristo*

de la cátedra de Maximiano, obra en marfil datada ca. 546-556 y que debió ser regalo del emperador Justiniano al obispo de Rávena (fig. 4). Esta obra pertenece ya a la esfera del primer arte cristiano y nos permite ver el tránsito de la medicina y la cultura romana antigua a la medicina y la cultura medieval cristiana. El análisis de la indumentaria es clave para comprender esta transición. Así, la partera de la Cátedra de Maximiano parece llevar una gruesa estola, sujeta con doble cinturón, resultando una prenda más pesada y compleja, menos funcional que otras vistas anteriormente y, por ello mismo, menos apropiada para el trabajo físico a desarrollar. Esta prenda se convierte así en vehículo de comunicación, aportándonos mucha información complementaria sobre la escena. Por un lado, dota de dignidad a una figura clave en el relato, la partera Salomé, cuya mano

se seca (o se quema) por dudar del nacimiento sobrenatural que acaba de producirse. Por otro lado, incide en la excepcionalidad de este parto, que por estar protagonizado por figuras santas, no requiere de la asistencia médica que sí está presente en otros alumbramientos más convencionales. Otro ejemplo reseñable es una de las comadronas de una placa de marfil que se colocaba en uno de los extremos del rodillo empleado para ir desplegando el rollo de texto mientras se leía y que apareció en Pompeya, Región I, Ínsula 2, del siglo I ¿a.C. o d.C.?, hoy en el Museo Nacional de Nápoles (fig.5). La comadrona situada a la izquierda extiende los brazos en un gesto que los historiadores han interpretado como indicador de que está a punto de recibir a la criatura. Su indumentaria es más elaborada que las de las otras parteras de la misma placa de marfil. En efecto, lleva



Fig. 5. Escena de parto en una placa de marfil colocada en uno de los extremos del rodillo empleado para ir desplegando el papiro mientras se leía. Procedente de Pompeya, Región I, Ínsula 2, del siglo I ¿a.C. o d.C.?, hoy en el Museo Nacional de Nápoles.

una superposición de prendas, seguramente primero una túnica íntima más ajustada y de mangas largas, por encima una estola sin mangas, y para finalizar una *palla* colocada sobre la cabeza y el cuerpo de modo que sirve de tocado y ropa de abrigo a un mismo tiempo. La complejidad en el vestir podría indicarnos que la tarea médica que va a desempeñar exige gran responsabilidad y experiencia, pero demanda un menor esfuerzo físico que otras actividades ginecológicas. Algo muy similar se aprecia en la placa de mármol con escena de parto y extracción de la placenta, procedente de la excavación de Ostia Antica (Italia), hoy en el Science Museum, n° A129245, fotografía de la Wellcome Library de Londres, n° L0065025 (fig. 6). También aquí la matrona que recibe a la criatura es la única que parece llevar *palla* o manto, con la que presenta al recién nacido, aprovechando así la versatilidad de esta prenda. En el terreno ginecológico, hemos observado diferencias entre la indumentaria de las comadronas que ayudan a la futura madre y las que reciben al recién nacido. Pero hubo más actividades vinculadas a la asistencia en el nacimiento y que también estuvieron asociadas a determinadas prendas de ropa. Nos referimos ahora al oficio de amamantar al niño, que más bien forma parte de la puericultura y no tanto de la ginecología; pero que es una tarea asistencial fundamental para garantizar la salud y la supervivencia del recién nacido. La lactancia es una de las actividades vinculadas a la salud que requiere de una indumentaria específica, siendo necesario dotar a la mujer que amamanta de una prenda que permita dejar al descubierto los senos para que el niño pueda alimentarse con facilidad. No parece casual que tanto en el sarcófa-



Fig. 6. Placa de mármol con escena de parto y extracción de la placenta, procedente de la excavación de Ostia Antica (Italia), hoy en el Science Museum, n° A129245, fotografía de la Wellcome Library de Londres, n° L0065025



Fig. 7. Detalle del sarcófago de Cornelius Statius, s. II-III d.C., Museo del Louvre.

go de Cornelius Statius (s. II- III d.C., Museo del Louvre) (fig.7), como en la representación pictórica de Dánae amamantando a Perseo de la Casa de los Epigramas de Pompeya, el vestido portado por las mujeres que amamantan sea idéntico, una estola de mangas cortas que permite dejar al desnudo uno de los hombros, uno de los brazos y uno de los senos, faci-

litando así la lactancia. La fibula que sujetaba la estola sobre este hombro ha debido quitarse para amamantar. Sin embargo, sobre esta prenda se coloca un ampuloso manto o *palla*, lo que indica que la lactancia es una actividad noble que proporciona salud¹².

La segunda rama de la medicina que podemos diferenciar a través de

la indumentaria es la cirugía. Las tres formas esenciales de afrontar la enfermedad en la Antigüedad fueron la dietética (el cuidado de la alimentación y el estilo de vida), la farmacopea (los medicamentos) y la cirugía (la intervención sobre el cuerpo con instrumental especializado y con unas manos habilidosas)¹³. Celso (s. I) en los *Ocho libros de la medicina* así lo sostiene¹⁴. La cirugía ocupó un lugar principal en el terreno sanitario, por servir para atender a los heridos de guerra¹⁵. Resulta ahora más comprensible por qué entre los retratos de médicos -que analizábamos un poco más arriba- no falta el instrumental quirúrgico¹⁶. En definitiva la cirugía es una actividad muy noble para los romanos y por ello los cirujanos son de los que se visten más ricamente. Esta cuestión cambió sustancialmente con el paso de la Antigüedad a la Alta Edad Media, siendo uno de los elementos de ruptura entre ambos periodos¹⁷.

Encontramos dos formas de vestirse para ejercer la cirugía en Roma: como intelectual y como militar. Se visten como intelectuales, o al menos como dignos ciudadanos, con elaboradas togas, además de los ya señalados en los ejemplos precedentes, también Yápige (Iápix) cuando extrae una flecha de la pierna de Eneas en los frescos de la Casa de Sirico, en Pompeya, s. I, hoy en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles (fig. 8). Es ésta una de las pocas escenas pictóricas que si bien se desarrolla en el terreno literario y mítico, tiene un trasfondo médico. Permite por ello observar el color de la indumentaria, lo que es una excepcionalidad en el conjunto de obras de arte de temática sanitaria conservadas en la Antigüedad. El tono escogido para la tela de la túnica y de la toga es el



Fig. 8. Yápige extrayendo una flecha de la pierna de Eneas en los frescos de la Casa de Sirico, en Pompeya, s. I, hoy en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles



Fig. 9. Estela de un cirujano, s. I d.C., Museo de Pérgamo (Berlín)

verde, aunque no podemos inferir de ello que fuera el color empleado siempre por el personal sanitario. Si pudiese en algún momento llegarse a esta conclusión, sería un dato de una extraordinaria contemporaneidad. Sin embargo, por el momento, el silencio de las fuentes escritas a este respecto no nos permite construir un argumento sólido. También se viste con rica toga el cirujano de la estela del Museo de Pérgamo en Berlín, del s. I d.C., del que sabemos que era médico por la serpiente de Esculapio, y que era cirujano por el instrumental grabado en una placa sobre su cabeza (fig. 9). Su carácter intelectual y teórico queda atestiguado por el libro que sostiene en sus manos. Recibe el agradecimiento de los pacientes curados que lo agasajan con presentes.

Por otra parte, hay ejemplos de cirujanos que por estar a llevando a cabo su actividad en el propio campo de batalla, se visten del mismo modo que otros militares, el más reseñable el de Columna Trajana, ca. 113 d.C. (fig. 10) En estas obras no hay diferencia entre la indumentaria de los heridos y la de los cirujanos, lo que nos indica la absoluta simbiosis entre ambos y que parte importante del aprendi-

zaje médico se desarrolla durante las propias campañas militares¹⁸. Por otra parte, aquí, las relaciones entre actividad bélica y moda son especialmente ricas. Así por ejemplo es posible encontrar una prenda no vista hasta ahora, los *braccae* o pantalones, pieza de vestir poco apreciada por los ciudadanos romanos ocupados en actividades intelectuales (la política, el comercio, la enseñanza...), pero que estos tomaron de los pueblos extranjeros con los que se enfrentaban y que resultaban muy útiles para mitigar el frío y para ir a la guerra.

La tercera especialidad médica romana que quiero resaltar es la anatomía, donde el nivel de conocimiento alcanzado fue muy alto, tal como atestiguan los numerosísimos exvotos anatómicos localizados en los templos tanto griegos como romanos, y de los que la Wellcome Library de Londres posee una buena colección que revela qué órganos y qué dolencias eran las que más preocupaban. La anatomía mantuvo una estrecha conexión con la cirugía y con la disección; las tres ramas se complementaron y se retroalimentaron. Por un lado, hubo una importante actividad quirúrgica romana, con



Fig. 10. Guerra contra los dacios, Columna Trajana, Roma, 113 d.C.

operaciones de gran modernidad, muy complejas pero correctamente ejecutadas, como las estéticas destinadas a ocultar cicatrices de guerra, o las de cataratas para frenar el riesgo de ceguera. La realización de estas cirugías conllevó un excelente conocimiento anatómico. Hubo además hallazgos anatómicos de otra procedencia y naturaleza, seguramente ligadas a la práctica de la disección.

Así una de las obras más importantes de la Tardoantigüedad en el campo anatómico y que además nos permite reflexionar sobre la indumentaria para la salud, es una pintura hallada en el Cubículo I de la Catacumba de Vía Latina en Roma, datada ca. 320-350 (fig. 11). En ella podemos tener a un anatomista, situado en el centro de la imagen, que explica a sus alumnos o discípulos sus conocimientos, ayudándose de un cadáver diseccionado en primer plano. Se marca de distintos modos una estratificación o jerarquización que tiene que ver con la experiencia en el plano médico. Así el maestro está en el centro, tiene barba poblada y el torso desnudo. Los discípulos o alumnos son más jóvenes (algunos imberbes) y llevan toga, indicador de que la anatomía y la disección son actividades nobles y con una carga teórica importante, plenamente asimilable a la filosofía. Además, para distinguir y jerarquizar a los anatomistas que inician su formación del maestro con experiencia, se recurre a un hábil aunque sencillo recurso: el maestro lleva el torso desnudo y sin túnica, emulando las imágenes griegas de Asclepio, mientras que los discípulos lucen túnicas interiores bajo la toga. La indumentaria nos ayuda aquí a demostrar que en el saber médico, como en otros campos del conocimiento, se da un proceso ascendente que va desde el apren-

dizaje a la maestría, adecuándose el vestir a esta progresiva adquisición de conocimientos. Por otra parte, los vestidos empleados nos indican que el saber médico teórico es esencialmente masculino, de ahí el uso de la toga.

Hasta ahora hemos puesto todo el acento en la indumentaria de los médicos. Nos faltan los otros protagonistas de la salud, los enfermos, que ocuparán la última parte de nuestro artículo¹⁹. Para Celso, como para otros médicos, para preservar la salud primero se debe procurar un buen estilo de vida (cuidar la dietética e higiene), después si esto falla acudir a los remedios farmacéuticos, y sólo si esto no es suficiente, optar por la cirugía. Esta opinión, compartida por muchos otros médicos de la Antigüedad, marca el tipo de pacientes que hallamos en Roma. Así, se va a prestar mucha atención a tomar baños y hacer deporte, lo que muchas veces va unido a cultivar el intelecto, desarrollándose incluso en los mismos establecimientos. Y para ello la prendas de vestir empleadas son lo que hoy en día llamaríamos “ropa interior”, básicamente el *subligaculum* como prenda de abajo, común a hombres y mujeres, y la *mamillare* (banda prieta alrededor del pecho) como prenda de arriba para mujeres. Al salir del baño, la palla o manto eran una buena opción para cubrirse.

Sin embargo, para los pacientes en que había fracasado este primer intento de mantener la salud llevando un buen estilo de vida, no quedaba otra opción que acudir a la consulta del médico o físico, al *iatreion*. Sin

embargo, cuando analizamos escenas de atención a enfermos, poco podemos decir de su indumentaria, pues van muchas veces desnudos para que el médico pueda palparlos y formular un diagnóstico acertado. Si acaso les queda alguna prenda es el manto sobre sus piernas. Entre estos enfermos, uno de los que ha recibido bastante atención por parte de los historiadores es la llamada *estatuilla de Soissons* [un bronce de 11 cm, tal vez de época de Augusto (s. I), hoy en la Biblioteca de Dumbarton Oaks de Washington, n° inv. 47.22] cuya enfermedad parece estar en relación con la extrema delgadez, tal vez consecuen-

cia de una tisis pulmonar (fig. 12).

En definitiva, como ha podido comprobarse, pese al carácter relativamente limitado de las prendas romanas y de las obras de arte de temática médica, estas nos dan información muy valiosa sobre médicos y enfermos, y sobre la utilización del vestido como medio de comunicación.

El tema no se agota aquí, pues tenemos noticia sobre una producción textil destinada fundamentalmente a fines terapéuticos, si bien hemos dejado este aspecto para el final por ser difícil de englobarlo dentro de la his-



Fig. 11. Pintura hallada en el Cubículo I de la Catacumba de Vía Latina en Roma, datada ca. 320-350

toria de la moda. Nos referimos fundamentalmente a tres casos: las bolsas de agua caliente, las mantas para vestir las camas de los enfermos, y las telas para preparar vendajes. Celso (s. I) en sus *Ocho libros de la medicina*, habla de las tres, por lo que recogemos sus palabras textuales antes de pasar a las conclusiones. En el libro II describe las bolsas de agua caliente, empleadas entre otros usos, para desinflamar: “[...]También se practican fomentos calientes²⁰ con mijo, con sal y con arena. Con el mismo objeto se emplean también pequeños odres llenos de aceite caliente, o recipientes de barro, que por su forma se llaman lentejas, y en los que se vierte agua caliente; también se sumerge en agua caliente un saco de tela lleno de sal y se aplica después sobre la parte que se quiera fomentar. [...] Todos estos medios obran deshaciendo la materia mórbida que causa el trastorno de los hipocondrios, la molestia de la respiración o que alteran la función de otro órgano[...]²¹”

Como puede verse, Celso describe diversos materiales para hacer estas bolsas: cuero, barro y tela. Las bolsas de cuero y tela no parecen haberse conservado, pero si algunas de las de barro, que incluso se adaptan a la parte del cuerpo a la que van destinadas.

En el libro III Celso describen las mantas y paños para regular la fiebre, indicando que: “[...]Los enfermos han de tener los pies y las manos bajo las mantas, pero sin agobiarles con su peso, como ocurre muchas veces al comienzo de la fiebre, e incluso sobre todo en plena fiebre. En cuanto el enfermo rompa

a sudar, conviene ir enjugando con un lienzo caliente, y poco a poco, el sudor de cada miembro, y cuando el sudor cesó por completo, o incluso cuando no hubo transpiración, si el enfermo parece estar, tanto como puede estarlo, en estado de tomar algún alimento, se le deben dar fricciones suaves bajo las mantas, secarle y darle luego los alimentos.[...]²²”

Por último, en los libros VI, VII y VIII de Celso aparecen las telas usadas como vendajes, en ocasiones hechas en lana, ya sea para las ulceraciones nasales, para las luxaciones, para la cirugía de ojos, y, por supuesto, también para la cirugía de huesos, que es la que implica mayor complejidad, llegando a requerir hasta seis vendajes superpuestos para fijar los huesos fracturados²³.

Conclusiones

Como conclusiones podemos enumerar al menos tres ideas. La primera es que contamos con mucha información sobre la medicina en la Antigüedad, sabiendo del alto nivel alcanzado en materia de estudios anatómicos, en el ámbito quirúrgico, en el desarrollo de los balnearios, en la atención a la dieta y el deporte como medios preventivos... En cambio sabemos muy poco de cómo se vestían médicos y enfermos. Las fuentes examinadas (Celso, Dioscórides, Galeno, Sorano,...) no dicen casi nada a este respecto. El único que hace alguna mención, que es por cierto bastante indirecta y sólo se refiere

Fig. 12. Estatuilla de Soissons, bronce, tal vez de época de Augusto (s. I), hoy en la Biblioteca de Dumbarton Oaks, Washington, n° inv. 47.22



a las telas auxiliares de los médicos, y no tanto a su indumentaria, es Celso, que es por ello el único que hemos citado. Así que es la historia del arte la que nos permite entresacar más datos referidos a las relaciones entre indumentaria y medicina. La segunda conclusión es que, pese a las dificultades de investigación existentes, las obras de arte analizadas y las prendas vistas revelan una serie de ideas interesantes: 1) la gama limitada de prendas romanas y su gran versatilidad (proceso que afecta no sólo al terreno médico sino a casi todos los ámbitos de la moda); 2) la utilización del vestido como modo de establecer una jerarquización entre

Bibliografía

hombres y mujeres, aprendices y maestros, ramas de la medicina, teoría y práctica; 3) el papel de la actividad bélica en el desarrollo de la medicina y la preferencia por unas prendas u otras, unas modas u otras. En definitiva, y como tercera y última conclusión, el análisis de la moda romana del ámbito científico puede ser enormemente enriquecedor para los diseñadores de moda actuales, pues en ella son visibles algunas premisas que están llenas de contemporaneidad: la necesaria funcionalidad y practicidad, la dignificación de la tarea médica, y la utilización del vestido como código de fácil diferenciación entre tareas sanitarias. El diseño de moda puede encontrar una interesante oportunidad de negocio en la ropa de trabajo, haciéndola más práctica, agradable y resistente, incorporando nuevos materiales, pero también más atractiva y personalizada, y sobre todo más cercana, empática y humana. En efecto, en el terreno de la medicina, hoy en día los trajes fríos y estandarizados ponen distancia entre médico y enfermo, reduciendo la empatía del paciente y minorando su confianza en la curación, algo fundamental de lo que ya se habían dado cuenta los médicos antiguos, y que es especialmente importante en áreas sensibles como la oncología, la pediatría, o la geriatría. Sería por ello muy gratificante que los diseñadores de moda renovaran y humanizaran este vestuario médico.

BAKER, P. (2009),

"Archaeological remains as a source of evidence for Roman Medicine", *Medicina Antiqua, UCL*, pp.1-27.

BLÁNQUEZ, A. (1966) (trad.),

Aurelio Cornelio Celso. Los ocho libros de la medicina, 2 vols., Barcelona, Iberia.

DUMESNIL, R. (1935),

Histoire illustrée de la médecine, Paris, Plon.

GHIRETTI, G. (2010),

"Un ambulatorio medico antico: due libri recenti sul Chirurgo di Rimini", *Papyrotheke, n° 1*, pp. 81- 96.

GONZÁLEZ HERNANDO, I (2016),

"Abrir para comprender: disecciones anatómicas en libros medievales", *Titivillus, n° 2*, pp. 27-5.

GRMEK, M., GOUREVITCH, D. (1998),

Les maladies dans l'art Antique, Florencia, Giunti.

HOLLANDER, E. (1912),

Plastik und Medizin, Stuttgart, F.Enke.

LAÍN ENTRALGO, P. (1978),

Historia de la medicina, Barcelona, Salvat.

LÓPEZ SALVÁ, M. (2010) (trad.),

Galeno. Del uso de las partes, Madrid, Gredos.

LYONS, A. S., PETRUCCELLI, J. (1978),

Medicine: an illustrated History, New York, Harry N. Abrams.

MENÉNDEZ BUEYES, L.R. (2013),

Medicina, enfermedad y muerte en la España tardoantigua. Un acercamiento histórico a las patologías de las poblaciones de la época tardorromana e hispanovisigoda

(siglos IV-VIII), Salamanca, Ediciones Universidad.

MONTEAGUDO GARCÍA, L. (2000),

"La cirugía en el Imperio Romano", *Anuario Brigantino, n° 23*, pp. 85-150.

MUÑOZ-SANZ, A. (2012),

"Marco Aurelio Antonino (121-180 d.C.), filósofo y emperador de Roma, y la peste de Galeno", *Enfermedades infecciosas y microbiología clínica, 30(9)*, pp. 552-559.

PENDERGAST, S., PENDERGAST, T.

(2004),

Fashion, Costume, and Culture. Clothing, Headwear, Body Decorations, and Footwear through the Ages, Detroit, Thomson Gale.

SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, C. (2015)

Dioses, héroes y atletas: la imagen del cuerpo en la Grecia antigua, Madrid, CAM- Museo Arqueológico Regional.

SÃO MARCOS SOUSA, M.A. (2005),

"A arte médica em Roma antiga nos De Medicina de Celso", *Ágora. Estudos Clássicos em Debate, 7*, pp. 81-104

SPEERT, H. (1976),

Histoire illustrée de la gynécologie et de l'obstétrique, Paris, Dacosta.

Referencias

1. Aunque algunos investigadores se han ocupado de la iconografía de la medicina a través de la historia (como es el caso de Speert 1976, Dumesnil 1978, Lyons y Petrucci 1978, Grmek y Gourevitch 2014, entre otros), ninguno de ellos se ha detenido en la indumentaria médica. Tampoco lo han hecho los manuales dedicados a la historia de la moda como el de Pendergast 2004.
2. La toga es una larga prenda, de uso fundamentalmente masculino, que se colocaba sobre la túnica interior y que se disponía alrededor del cuerpo, envolviéndolo de distintos modos, muchas veces pasando sobre el hombro izquierdo y colgando hasta el suelo.
3. González Hernando 2015: 45-46.
4. Blázquez 1996: I-XVI
5. Muñoz-Sanz 2012: 552-559
6. Laín Entralgo 1978: 110-132 revisa en detalle algunas de estas grandes personalidades médicas del mundo romano, deteniéndose tanto en su actividad práctica como en su producción teórica.
7. Recogido por Hollander 1912: p.532, fig. 394.
8. En relación a la desnudez como modelo de virtud en Grecia pueden verse los distintos trabajos de Carmen Sánchez, siendo uno de los más recientes Sánchez 2015: 87-102.
9. Pendergast 2004: vol.1, pp. 213-254.
10. La estola es una prenda femenina de tela larga que solía llegar a los pies y carecía de mangas o poseía mangas cortas, generalmente ajustada sobre los hombros con broches o fibulas.
11. La estola era una pieza de tela grande y rectangular que podría usarse de formas muy diversas, como prenda de abrigo, como manta por la noche, como alfombra sobre el suelo, para envolverse después de un baño, para montar a caballo, e inclusive como vela de barco (Pendergast 2004: vol.1, pp.176-177). No obstante, en las obras de arte que estamos comentando tendría un uso sanitario.
12. La dignificación de la lactancia recorre la historia de la humanidad, no siendo una exclusividad romana, teniendo muchas veces una relación directa con la educación de los vástagos y la estrecha relación afectiva con estos.
13. Laín Entralgo 1978: 116-120.
14. Blázquez 1966: 6-9
15. De hecho, los valetudinaria u hospitales militares se difundieron en Roma avalados por esta misma necesidad, siendo los establecimientos sanitarios más complejos y desarrollados de la época; especialmente si los comparamos por ejemplo con las pequeñas consultas urbanas o iatreion.
16. Explica esto también que en los yacimientos arqueológicos romanos proliferen este tipo de objetos, que muchas veces tuvieron un doble uso, sanitario y cosmético.
17. En efecto, con la llegada del cristianismo la cirugía queda en muy segundo plano, minusvalorada por ser una actividad manual que conlleva un derramamiento de sangre. Y cuando se vuelve a representar a cirujanos, ya en la Baja Edad Media, estos tienen que demostrar que son dignos de llevar la rica ropa universitaria de los físicos. Es lo que le ocurre al ya mencionado Guy de Chauliac.
18. El desarrollo de la medicina al calor de la actividad militar, fundamental en Roma, hunde sus raíces en el mundo griego, como puede comprobarse en el Vaso de Kul-Oba, recipiente de oro procedente de un túmulo funerario del Bósforo, realizado en el s. IV a.C. y conservado en el Museo del Ermitage de San Petersburgo con el n° K-0 11. En este vaso aparece una sencilla intervención quirúrgica llevada a cabo en el campo de batalla, todo ello narrado de un modo muy similar a lo visto en la columna trajana.
19. Los enfermos son además los que justifican la cita de las Sátiras de Juvenal (s. I-II), *mens sana in corpore sano* que nos sirve de hilo conductor a este artículo y de título del mismo. Esta cita no tiene sólo interés por interrelacionar la salud del cuerpo y del alma, sino porque además refleja el sentir médico de la época. Algo muy parecido se observa en el primero de Ocho libros de medicina de Celso (s. I) cuando al enumerar las recomendaciones generales para mantener la salud, se indica que se lleve un estilo de vida adecuado, mejor en el campo que en la ciudad, tomando baños y buscando la luz natural, compaginando la actividad física con la lectura y el descanso, mostrando mesura en las comidas y en la sexualidad; en definitiva cultivando el alma y el cuerpo, siempre con contención.
20. Según el diccionario de la RAE, un fomento es un medicamento líquido que se aplica con paños exteriormente.
21. Blázquez 1966: 90.
22. Blázquez 1966: 122
23. Las citas completas pueden leerse en Blázquez 1966: 121, 145, 166, 170 y 258-259

